

# Animal de silencios *de Labastida*

# Arte de luz y sombra

Mario del Valle

*La fusión de la filosofía y la poesía es una de las constantes en la obra de Jaime Labastida. Mario del Valle comenta el volumen Animal de silencios, que compila los primeros seis libros del autor sinaloense.*

Cuando se formó el grupo La Espiga Amotinada la poesía en México dio un nuevo giro. En 1960, Juan Bañuelos, Eraclio Zepeda, Óscar Oliva, Jaime Augusto Shelley y Jaime Labastida se reunieron y publicaron un libro colectivo que se llamó *La espiga amotinada*; en 1965 editaron *Ocupación de la palabra*, otro libro que los unía pero al mismo tiempo los definía como creadores individuales. A diferencia de los grupos precedentes, La Espiga Amotinada tenía una propuesta singular: crear literatura comprometida, si no de consigna exclusivamente, o de protesta definitoria marxista, sí con un mensaje moral y por lo tanto político.

Estos poetas habían vivido su juventud con un amplio conocimiento de los problemas sociales: la huelga ferrocarrilera de 1959, la guerrilla en México, la penetración implacable de las policías secretas norteamericanas en nuestros países, la persecución de los militantes del Partido Comunista Mexicano, la negación de éste como representante de un grupo político adversario al partido oficial, la formación de las células revolucionarias que incluía a los llamados círculos de estudio del marxismo-leninismo (*El Capital*, la obra de György Lukács, de Antonio Gramsci, Ernst Cassirer, Louis Althusser, entre otros), de actualidad mundial en la historia del pensamiento de izquierda que buscaba la revolución socialista; el fenómeno de la Guerra Fría, las atroces y corruptas

dictaduras militares latinoamericanas y, en México, los grupos perseguidos por el gobierno, en los que se contaban los encarcelamientos de aquellos disidentes, como Genaro Vázquez Rojas, Rubén Jaramillo, Demetrio Vallejo, Valentín Campa, Lucio Cabañas, José Revueltas y otros.

Jaime Labastida publicó en 1996 su poesía reunida bajo el título de *Animal de silencios* (Fondo de Cultura Económica). Esta compilación incluye sus primeros libros: *El descenso* (1960) y *La feroz alegría* (1965), así como *A la intemperie* (1970), *Obsesiones con un tema obligado* (1975), *De las cuatro estaciones* (1981) y *Dominio de la tarde* (1991). Seis propuestas que están enlazadas por una misma intención: el incesante diálogo de la poesía con el hombre. Pero cada una se sustenta por sí misma, y me atrevería a decir que va en aumento su valor poético, reafirmado por la pasión literaria del autor.

Labastida define el título *Animal de silencios* en la nota introductoria como el espíritu silente que recorre al hombre desde sus primicias y que sólo se metamorfosea en una criatura amada y amante por el orden siempre inesperado y admirable de la palabra. Jaime Labastida tiene otra pasión: la filosofía. Durante algunos años, muy joven, fue profesor titular de la materia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM; en esa disciplina volcó un gran interés por el pensamiento filosófico

universal, con el que entrelazó su vocación de poeta. Silente es un concepto que también nos allega a un misticismo cuyos principios se sustentan en la capacidad de meditación, raciocinio y reflexión compartida: es, al mismo tiempo, la potencia de la búsqueda de la profundidad del alma humana.

“El descenso”, que da título a su primer libro, es un poema que se mueve entre la protesta y el dolor humano, y en un choque de emociones, entre la impotencia y la esperanza por un cambio hacia una vida digna, “el reino de la luz”, que todos merecemos. Va del grito a la exaltación. Poema que baja al reino de las sombras para alcanzar la luz. Éste es un poema, como el propio escritor lo deja en claro, “pletórico de imágenes”, “parra de raíces rotas” pero donde “la palabra es un viento que (nos) alza”.

*La feroz alegría* nos ubica en otro estrado. El poeta habla a la mujer y así se confronta consigo mismo. Se engulle, se mira en la amante como en un fiel espejo. Y el tema de la ciudad, paradójica y estable, habitáculo de males, señal de identidad del hombre contemporáneo, ese ser hambriento y urbano, que lucha entre alcobas, lunas, y versos de Guillaume Apollinaire, ese otro urbano que deambula entre el Sena y el puente de Mirabeau. Y mientras, nuestro poeta mira cisternas, turbias corrientes “que no existen”, y oye los graznidos del cuervo —ese mítico—, mientras la “ciudad despierta”, la que recorre, la que colérico respira maquillado por el “polvo de los álamos”, que lo destruye y lo reconstruye: parodia de sí misma.

*A la intemperie* es un libro breve, de varios entramados pero con enormes logros. La penúltima parte incluye un poema por demás significativo: “Poema en tiempo de guerra”, subtítulo: “En la muerte del comandante Guevara”. Y cierra con “Papel borrado”. El primer poema es un hermoso texto perfectamente compuesto. No le falta nada y nada le sobra en unos pocos versos. Es memorable por su tema y concisión. Hay en este libro otras alusiones importantes: el campo, el sur de Emiliano Zapata, la música de Silvestre Revueltas, la Ciudad de México, el escenario mortífero de Vietnam y también la muerte de los cisnes de Chapultepec, sin dejar de mencionar a La Habana: esa Cuba llena de promesas y fracasos. Este libro es un retrato del México de entonces y del México de ahora, porque no ha perdido actualidad. Pero veamos más allá con el viaje del poeta: es el mundo de hoy cuya identidad es el aniquilamiento y cuya circunscripción una superficie estratégicamente aturrida y engañada.

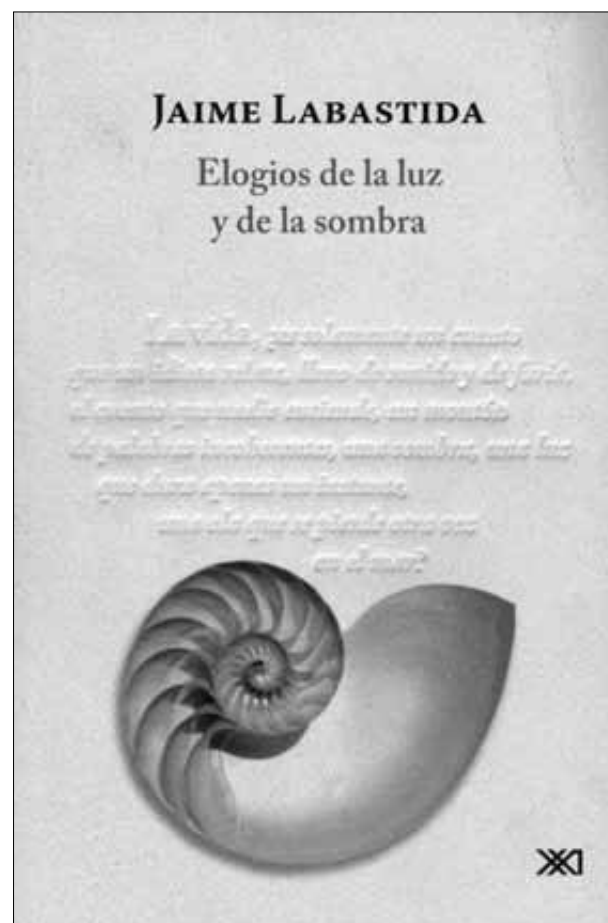
Ante este malestar, Labastida crea *Obsesiones con un tema obligado*, que ostenta un epígrafe de Hegel en el que la turbiedad refleja la “oscuridad aclarada” que nos permite ver. ¿Qué nos permite ver? Ese “tardo tiempo del crepúsculo” del que habla José Gorostiza, que La -



bastida analiza “mientras Vivaldi y el sol atraviesan la bruma”. “El sol es nuevo cada día”, dice Heráclito. Y Labastida retoma esta idea y traza “En el centro del año”, poema en que las figuras de Cleopatra, Casandra, Alejandro Magno, van con sus historias remotas y actuales, y se vislumbra, como un negro sino, el “pacto suicida” de los amantes. Necesaria violencia que en un círculo se repite pero con otra perspectiva, por ello nunca es igual. El poema nos lleva de regreso a ese inicio heraclíteo donde nunca nada es igual y paradójicamente todo se parece y es siempre nuevo. ¿Y los hechos? Irrepetibles.

Los poemas subsecuentes nos llevan a múltiples espacios y tiempos. Vemos entre ellos las divinas sombras de sor Juana Inés de la Cruz, Empédocles de Agrigento, Pablo Neruda, Georgias, Platón, Darwin, Ho Chi Minh, Engels, Siqueiros, el hermoso homenaje a José Martí. Estos poemas tienen un aire común: la crítica, y en ella se perfila el poeta-filósofo reflexivo, amante del conocimiento, del individuo necesitado de los bienes elementales para vivir una existencia honorable, sin regateos; el hombre que convive con el hombre con la plenitud de su potencialidad, en una incesante actividad por protagonizar los altos valores que se le han negado. En contra de la vida dolorosamente cotidiana se erigen estos poemas.

Como la música y en general las artes, el poema es intraducible a una descripción de sus valores intrínse-



cos. Las palabras del narrador son pobres. Es el ejemplo de un traductor a otra lengua, que hace *versiones* más que *traducciones*. Éste es mi caso al escribir sobre la poesía de Jaime Labastida. Mi intención es el deleite y, si es posible, transmitir una invitación a la lectura de una poesía que, por su alta propensión, es de gustoso aliento, ese aliento que corresponde a otra naturaleza donde el lector se identifica atento y misterioso amigo de la sensibilidad del poeta que, en un acto paralelo, crea el modelo prometeico que todo hombre sueña, y asume, en un acto histórico y real, el destino azaroso de la vida misma.

En ese mismo libro, en el poema “Hombre de ciudades, I”, hay un verso por demás importante: “soy libre entre la muchedumbre”, que nos recuerda a Baudelaire, pero que tal vez, por el mismo contexto, nos recuerda más aún a un personaje vagabundo: el poeta, ese ser que no quiere ser conocido, y que puede tener en sus manos trozos de hielo y de calor, y sus cartílagos jalan y sostienen a medias un cuerpo poseído por el anonimato.

Interpretar a un poeta es caer en un abismo. El poeta, aunque proclame una ideología, es Nadie. Ha sido poseído por la palabra, por el Verso. Y en su bolsillo tintinean las frases que nos quiere decir; el poeta es finalmente un desclasado. Su urgencia y su estímulo es confundirse con la muchedumbre, de donde proviene: por eso no puede tener nombre. Del dramaturgo sueco-alemán Peter Weiss, el poeta recuerda y reproduce: “no necesariamente ha de ser verdad lo que escriba. Soy un

niño”. El título del poema es bucólico: “A la sombra de un álamo”. El poema de Labastida es crudo; sin concesiones. Nos somete a su dialéctica y termina en un *thriller*: en un asesinato. Es un hallazgo que une la poesía con la prosa; hay un tema, y el desarrollo es un breve monólogo donde una historia narra un suceso.

Con el poema “Conversaciones con Siqueiros” volvemos a entender que la poesía no es política; con frecuencia es urgencia por compartir preocupaciones, gozos, ausencias, dolores, injusticias, historia personal, lo que hace la vida y lo que la destruye. Este canto de reconciliación y admiración va más allá de tendencias sociopolíticas: revela el amor a la creación y es, asimismo, la celebración del hombre poseído por su tiempo, por el mundo y por el arte.

El libro *Obsesiones con un tema obligado* concluye con “Hombre de ciudades, II”, cuyo epígrafe, de Aristóteles, dice: “el hombre es por naturaleza un animal político”. Se interpola el presente y el pasado. Desde Kenia y la muerte, hasta la prehistoria de las cuevas de Altamira, cuyas sorprendentes pinturas han sido fuente de inspiración y gozo de muchos pintores contemporáneos y espectadores. La grandeza y la ruina de Venecia, las Islas Galápagos, Londres, Petrogrado. Es claro el lema que refiere Labastida en este poema: el hombre es un ser social. Y, además, es consciente de una memoria colectiva y de una intuición natural. De ahí que el poema sea una gama de referencias cruzadas. Ciudades, personajes,

historias, modernidad y antigüedad: temas variopintos enlazados en el verso para dar al poema una riqueza y una originalidad cabal. Yo, como lector, creo que es casi imposible describirlo con plenitud y certeza. Lo único que me provoca escribir sobre él es su orden como lenguaje articulado, su prospectiva lingüística, su liga por medio de imágenes, metonimias: a través de la escritura-creación y de la voz entendida como canto, y al poeta como un rapsoda; como armazón de principios y de destinos donde se fundamenta un sustrato que no es antagonista de la moral, de la política, de la historia y de la propia invención del poeta. ¿Hay un juego con el lenguaje y sus múltiples relaciones con las distintas materias de que echa mano el escritor? Claro que hay un juego: el poeta es un nómada ciudadano por excelencia, como el *flâneur* de Baudelaire (lo es el artista en general), y en los derroteros de su marcha va encontrando, como el escultor que recoge de la calle objetos tirados u olvidados y los compacta, los une y les da una forma plástica, así el poeta, con su bagaje cultural y sensible, y con los valores del inconsciente, maneja la lengua y crea el poema que está a disposición del lector avisado.

En *De las cuatro estaciones* (1981), Labastida define una tierra incógnita cuyo engranaje es el centro de la vida misma; de esa vida en la que el hombre transita, ama, observa, define en sus silencios y sus dudas, vida pletórica de preguntas y respuestas que el poeta se hace y que responde y analiza decidido a estar de acuerdo o en desacuerdo consigo mismo, pero calladamente evocando la presencia de la musa, ese espectral ente metafísico, guía certera y maga clandestina como aquélla de la que se enamora Julio Cortázar.

“Orden” y “Aquí y ahora”, antes “Rescoldo”, poemas pertenecientes a la sección *I. Tientos*, son justamente eso: tentativas y encuentros, escepticismo y revelación de la provincia del poema, de las frases con que se construye que deben expresar el final del “tiento”, de la aproximación, de esa tangente que roza el círculo de la conciencia poética del escritor. Tiento que interpreta las connotaciones del canto; certeza de la existencia de una música tenue, de “flautas afinadas”, de “timbal... templado” que vierten su líquido verbal en la esperanza. No así se eleva el poema “Sólo se habla del tiempo”, la evocación que mira la finitud, la “hendedura fría de las horas”, es decir, la cercanía ineludible del acabamiento. Este poema corresponde a la sección *II. Cólera de las horas*, que incluye entre otros poemas “Ciudades desaparecidas”, que nos recuerda nuevamente la finitud: el ciclo vida-muerte de las ciudades, los seres todos, e incluso los pensamientos que solamente quedan como ráfagas de aquellos que alguna vez transitaron esas piedras desgastadas entre la “cólera roja de las horas”.

Este libro es uno de los más articulados desde el punto de vista temático. Los personajes que por él transitan

nos son familiares. El tratamiento siempre es sorprendente y su escenario una Babilonia destinada a la finitud. Y la historia de la civilización es un teatro tentacular. Las sombras de Aquiles y de Hécuba se unen a las de Aníbal Africano; Eneas y Héctor —“matador de hombres”—, y Cuauhtémoc y Agamenón: todos transitan en líneas paralelas de tiempo, en diferentes tiempos, pero su gloria es inseparable de su extinción humana. “Triunfa —nos recuerda el poeta Labastida— sólo la audacia, el árbol que resiste en contra de la abstracta geometría”.

Este libro, y no de manera subliminal, está lleno de repudios y de violencia. Violencia denunciada y repudio a las complicidades que hacen de la vida una jungla. Notamos ese tono elegíaco que nos remite a la tragedia: el poder se identifica con la turbulencia y la vanidad; brutal, convive con el saqueo; rapaz, echa mano del aniquilamiento.

El capítulo *IV. Clamor desde lo hondo* está compuesto por tres poemas. Entre otros uno dedicado a José Revueltas, un diálogo de tonos y ligaduras que se transforma por momentos en un monólogo. Surgen seres que el destino arroja a la muerte y se interpola, en un lenguaje político, la urgencia de un cambio social, y la presencia de un hombre cuyas ideas inflaman las mentes de los hombres que han estado junto a él: Pepe Revueltas, el hombre que fue la gran Ilustración de unos cuantos y hoy de muchos. Surge otra voz: es la referencia a *El Capital*, a la dialéctica marxista, a la especulación ideológica “escrita en el código genético”. Un poema a base de ensambles, un montaje, un homenaje y un profundo y amoroso saludo a quien fuera, en su momento, maestro de nuestro poeta. En el texto vemos, con una lente magnificada, la trágica descripción de un cuerpo —el de José Revueltas— que va a su acabamiento “por eso eran cada vez más delgados tus brazos, más intransitable tu voz que arrancaba verdaderamente pedazos de raíces y bronquios averiados; y tu páncreas, tu hígado destrozado (como si fueras un pequeño y moderno Prometeo, comido por el pico del alcohol, único buitre capaz de corroer tus intestinos y herir cada una de las células de tu dañado organismo)”. Este poema es una especie de capítulo de la poesía moderna de denuncia, y termina así: “la medida y la lucha, la necesidad dolorosa del amor y del amparo. Mi lengua ya fue de cal, tu cerebro ceniza, quiero decir residuo de combustión y llama inapagable”.

En 1991 Jaime Labastida publica *Dominio de la tarde*. Como los libros anteriores, comparte esa brevedad poética que hace que el lector tenga el goce del texto en un rápido acercamiento: uno se introduce al mundo poético de Labastida, a su universo lingüístico, a sus preocupaciones estéticas, políticas y sociales. Poesía para rescatar de la ignominia social a los oprimidos con la palabra amiga, dulce, y a la vez amarga y violenta, de un bardo. La tolerancia que el poeta, con gran orgullo

de aventura propone entre los hombres: la humildad de la resistencia que hay que tener para cruzar los infernos cotidianos que el ser atraviesa pesados, dolorosamente, pero que en la inagotable soledad del diario vivir y morir, se eleva, con carácter y pasión, por el triunfo de la vida: elección inamovible.

Este libro comprende veintisiete poemas. En el primero, “Voces”, interpreta el sistema “nervioso” del lenguaje, por una parte; por la otra, los asuntos humanos del amor a una mujer, interlocutora, musa victoriosa por quien “lengua y palabra somos, preguntas encendidas, respuestas a veces, aire que mueve un árbol...”. El poema subsecuente es de carácter íntimo y no por ello peculiar y hermoso en su drama: es el tono con el que generalmente se expresa Jaime Labastida. Es una reflexión, así lo leo, donde el mar y el fuego se unen: una catástrofe, un accidente (un avión que cae “como un inmenso toro que bramara”) acentúa el significado del texto y, a contrapunto, éste agudiza, con su lengua de polvo y gloria, la estación del año y “madura el día”.

“Viajes” afronta la paternidad. El agua tiene una referencia a la madre. Este texto tiene un epígrafe de Gabriela Mistral: “Recuerdo gestos de mi madre, y eran gestos de darme agua”. Es un poema de traslaciones, de lugares, de distintas estancias, compacto y, sobre todo, de fidelidad al amor. Sin embargo, los signos de la ca-

tástrofe de la vida, la lucha por la justicia, la “noche silenciosa y densa” que prefigura la muerte, no están excluidas, pero la ternura prevalece, incluso, sobre el dolor: “...y eras tú el agua, madre de agua. Porque tus gestos eran gestos de agua”.

Los poemas del final de este libro no están exentos del dolor ni del amor, ni del paisaje ni de la esperanza. Tejen una urdimbre potente al dictado de la palabra. Al poeta lo rodea un sino de muerte. Es el destino de todo ser vivo. No en vano incluye el lema: “El dolor petrificó el umbral”, del austriaco Georg Trakl al inicio de “Palabras para una hermana”.

Rescato el bello y libre poema titulado “Dominio de la tarde” con que concluye el libro. El texto nos permite conocer a un poeta que destaca por su amplia cultura que, lejos de esquematismos, creó lo que yo llamo el poema-crónica, el poema-testimonio, el poema-debate, el poema-diálogo, el poema-dolor, el poema-muerte, el poema-silente... Todos entrelazados, unos con otros, y cada uno es réplica del otro, en muchos casos, y deja inquietantes incógnitas en el lector.

Esta lectura de *Animal de silencios* de Jaime Labastida, que reúne seis libros y más de treinta años de poesía, de ejercicios poéticos, de maestría poética, me ha dado la visión integral del caminar junto a un escritor, un hombre de nuestro tiempo, para quien la palabra es el sentido de su vida. Admiro su potencia intelectual, su postura humana y me enorgullezco de ser su lector. Jaime Labastida, convencido de que la poesía sí tiene una función en la cultura del hombre para el hombre mismo, dice en el poema titulado —casi al final de este libro— “La palabra se llama vida”:

Años de plomo, años de ceniza: desde el cielo  
desciende, obscena, matemática, desnuda,  
la lumbré de la muerte. Todo lo que en el aire  
se despliega se convierte en nada. Años  
de polvo, años de madera: desde el mar se abre  
un abanico metálico de sangre. Veloz, brillante,  
la muerte avanza contra la casa  
que espera el signo cierto de la muerte.  
Yo pronuncio una sola palabra y pido  
que renazcan los años de diamante.

Los libros más recientes de poesía de Jaime Labastida son: *Elogios de la luz y de la sombra* (1999), *La sal me sabría a polvo* (2009) y *En el centro del año* (2012). Estos libros son parte de ese corpus que nos desvela ese camino que el poeta recorre entre la luz y la sombra; yo considero, no una definición —no me atrevería—, pero sí una ubicación personal, o una tentativa para ubicar la poesía de Labastida y la poesía moderna: es arte de las preguntas y las respuestas, de las dudas y de las propuestas, y del amor. **U**

